



ROSAURA LA DE TRUJILLO.

Curiosa relacion en que se refiere un caso lastimoso que sucedió á una doncella llamada Rosaura, en la ciudad de Trujillo.

Sobre una alfombra de flores
cercada de hermosas plantas,
adonde las avecillas
tienden sus pintadas alas,
y con sus trinos alegres
al Rey del cielo dan gracias;
en aqueste prado ameno
en este eden de fragancia,
en este sitio que encubre
dos mil afligidas causas,
de las que una os contaré
si el cielo santo me ampara;
y porque el nombre se sepa
será preciso nombrarla.
En la gran Sierra-Morena,
de tantos delitos capa,

amparo de aquel que ofende
defensa del que mal anda,
me puse sentado un dia
cansado de andar de caza,
arrimado á un duro tronco
discurriendo en cosas varias,
quejoso de la fortuna
que con rigor me maltrata.
Oí una voz temblorosa
que sonaba en la montaña,
á orillas de un arroyuelo
que con las breñas se enlaza.
Estuve atento por ver
si era de persona humana,
y percibi que decia
estas sentidas palabras:

«Tirano amor, pues tu has sido
 la causa de mi desgracia,
 dispara tus duras flechas
 contra el que así me maltrata.
 Amante falso y traider,
 ¿cómo me dejas sin causa,
 en tan terrible abandono
 y de la muerte cercana?
 Sacra Virgen del Rosario,
 mi patrona y abogada,
 alcanzadme que confiese
 porque no peligre el alma.»
 Puse carga á mi escopeta
 bien prevenida de balas,
 por el eco de la voz
 llegué á parar donde estaba
 una juvenil belleza
 á un duro tronco amarrada,
 desmelenado el cabello
 y de ropas despojada.
 Cuando vi tal hermosura
 quedé sin hablar palabra;
 viéndome ella suspenso
 de aquesta suerte me habla:
 llega, mancebo, y no temas,
 pues soy una desgraciada,
 y mis pecados me tienen
 en el sitio en que me hallas;
 desátame y te diré
 mis penas, fatigas y ansias,
 y tambien los alevosos
 que son de mi mal la causa.
 Compadecido en extremo,
 mi fuerte cuchillo saco,
 rompo los gruesos cordeles
 que á aquel ángel sujetaban;
 me quité al punto el gaban
 y encima se lo arrojaba,
 cubriendo sus blancas carnes
 que con el sol se comparan.
 Mirando á un lado y otro,
 ví que estaba en unas matas
 la ropa misma que fue
 de aquella desgracia causa.
 Ella suspira y solloza

pidiendo al cielo venganza;
 y mirándola, la dije:
 por Dios, hermosa Diana,
 os suplico por la Virgen,
 que me digais lo que pasa;
 y agradecida responde
 con las siguientes palabras:
 «Habeis de saber, buen jóven,
 que en Trujillo fui criada;
 hija soy de un caballero
 que don Diego se llama
 de Castro, por apellido,
 que es de lo ilustre de España;
 mi madre, doña Isabel
 de Mendoza, es su prosapia;
 y por gusto de padrinos
 á mí me llaman Rosaura,
 tan amada en mis principios
 como ahora desgraciada.
 Vivía pared en medio
 mas abajo de mi casa,
 un hijo de un labrador
 de hacienda algo moderada,
 mozo galan y valiente,
 discreto y de linda traza,
 que se llevó mi aficion
 y me amaba con ansia;
 mas como las cualidades
 del uno al otro no igualan,
 tuve lugar una noche
 para escribirle una carta
 dándole á entender por ella
 que me saque de mi casa
 con sigiloso secreto
 y con cautelosa maña;
 mas el alevoso amante
 á un primo suyo le daba
 cuenta, que traider é infame
 fue causa de mi desgracia.
 A los catorce de abril
 me sacaron de mi casa,
 bien prevenida de joyas
 y de muy costosas galas,
 como ahí presente veis,
 que ellas mismas lo declaran.

Cinco dias caminamos
marchando á largas jornadas,
hasta llegar á este sitio
encubridor de mi infamia;
aquí los dos desmontaron
con intencion depravada,
para marchitar la flor
que de algunos fue envidiada:
ambos manciellan mi honor...
¡Jesus, qué suma desgracia!
sin tener la justa ira
del Señor que nos miraba.
Luego el alevoso primo
hizo que me desnudara;
luego que en carnes me viera
entrambas manos me ata,
y sacando una pistola
el fuerte muelle levanta
para quitarme la vida,
mas mi amante lo estorbaba
diciendo: no quiera el cielo
que, pues yo he sido la causa
de que ésta doncella pierda
su honor, se cometa otra infamia:
aquí la pienso dejar
entre estas espesas matas,
espuesta á las muchas fieras
que por estas breñas pasan,
y ellas le darán la muerte
mal merecida y sin causa.
Se fueron y me dejaron
como la flor en la escarcha:
tres dias há que no como
cosa que me dé sustancia,
sino las amargas verbas
que con la boca alcanzaba.
Esta es mi historia, y te pido
te duelas de mi desgracia,
y en tu compañía me llesves
á la ciudad mas cercana,
porque desde allí pretendo
el castigo de esta infamia.»
De la mano la tomé,
y á una quinta la llevaba,
donde la dí de comer

de lo que allí se encontraba;
luego después la ofrecí
con mano leal y franca,
mi proteccion y el caballo
que mas que el viento volaba
y el valor de mi persona
para ir en su compañía.
Dispusimos el viaje,
á Córdoba caminamos,
y á la puerta del Rosario,
(donde resolví dejarla),
la eché los brazos al cuello
y de esta suerte le hablaba:
adios, jóven, quiera el cielo
que sea tu dicha tanta,
que logres tu buen deseo
y despues la gloria santa.
Ella respondió: mancebo
noble, la Virgen te valga,
y tu leal acción premie
el alto Rey de la gracia.
Sentóse en el duro suelo
aquella jóven incauta,
aguardando por momentos
la aurora de la mañana,
para emprender animosa
el intento que llevaba.
Fue á casa da don Francisco
de los Rios, noble rama,
y á un criado le pregunta
si está su señor en casa,
y al punto le respondió:
su merced está en la cama.
Sin aguardar mas razones
hácia adentro se entraba,
y arrimada junto al lecho
de aquesta suerte le habla:
¿Conocereis, señor mio,
á la que disteis el agua
del bautismo allá en Trujillo,
y le pusiste Rosaura?
Has de saber que yo soy,
la que nunca se criara,
pues fui la mujer mas frágil
que se ha visto en toda España.

Por fiarme del amor
perdido mi honor se halla:
mita bien mi tierna edad
que de quince años no pasa;
no mires el mal sarmiento
sino el árbol donde baja,
que si bien lo consideras
cierta será la venganza.
Dos viles me han seducido
sacándome de mi casa,
y me han quitado el honor
en Sierra-Morena brava.
Oyendo esto don Francisco,
de la cama se levanta,
y al punto manda á un criado,
que un caballo le ensillara,
y antes de partir dispuso
el dejarla con su hermana
recogida en un convento
que de Santa Isabel llaman.
Camina para Trujillo
y un criado le acompaña;
pretende entrar en secreto
porque no se sepa nada.
Fuese á casa de don Diego,
afable le saludaba,
y en seguida le pregunta
por su querida Rosaura.
Le respondió entristecido
don Diego estas palabras:
habrá unos ocho dias
que se ausentó de mi casa,
sin poder hallar persona
que me diga donde para
la que en mi casa era espejo
en que todos se miraban.
En seguida don Francisco
sacó del pecho una carta
y se la dio á don Diego
que al instante la tomaba,
y mirando el sobre-escrio

de puro gozo lloraba,
porque conoció la letra
de su querida Rosaura:
pero dentro iba el pesa:
que es cosa muy ordinaria
no haber plecer sin disgust
en aquesta vida humana.
Abriola, y viendo en ella
los autores de la infamia,
al señor corregidor
cuenta del caso le daba.
Al instante los prendieron,
y sustanciada la causa,
el juez con recta justicia
á muerte los condenaba.
Los meten en la capilla
y llorando al cielo claman,
pidiendo misericordia
á la Virgen Soberana.
Los sacaron de la cárcel
por las calles ordinarias;
diciendo: esta es la justicia
que por las leyes se manda
ejecutar con los reos
por su delincuente infamia.
Llegados en el suplicio
con humildad resignada,
subiéronlos á lo alto;
ellos con mortales ansias,
antes de acabar el Credo
á Dios entregan sus almas
y despues en los caminos
sus cabezas son fijadas,
para ejemplo de atrevidos
y escarmiento al que mal anda.
Luego el noble don Francisco
dió vuelta para su casa,
y Rosaura en un convento
muy ejemplar vida pasa.
Y aqui da fin la historia
de la infelice Rosaura.

MADRID.—1865

Imp. de I. M. MARES y compañía, plazuela de la Cebada, núm. 13.